

Rafał B. Reichert

Wood, Trade, and Spanish Naval Power (c. 1740–1795)

Leiden, Boston, Brill, 2024, 260 pp.

A lo largo de la historia las marinas de guerra requerían ingentes cantidades de madera de calidad para la construcción naval. En el caso de España, la madera se convirtió en un recurso estratégico de primer orden para sus ambiciosos planes de modernización. Durante el siglo XVIII, España emprendió reformas para reconstruir la Marina Real, enfrentándose a potencias como Gran Bretaña, cuyas flotas dominaban los mares. El libro *Wood, Trade, and Spanish Naval Power* de Rafał B. Reichert analiza en profundidad la relación entre el abastecimiento de madera, el comercio marítimo y el poder naval español durante este periodo, arrojando luz sobre cómo la Corona española aseguró el suministro de madera para sus astilleros en un contexto global competitivo. El objetivo de Reichert es comprender las políticas de suministro de madera para la Armada, centrándose

en dos ámbitos geográficos fundamentales pero poco investigados hasta ahora: los estados bálticos meridionales de Europa del Norte y los bosques de ultramar en el imperio español, especialmente en la Nueva España.

Reichert plantea una investigación de largo aliento (una década de trabajo) para llenar un vacío historiográfico. El estudio parte de una constatación: la madera, tanto europea como americana, devino en una mercancía global de alto valor estratégico durante la temprana globalización del siglo XVIII. La protección de las rutas transatlánticas, las campañas militares navales y la misma explotación colonial dependieron de navíos construidos con maderas procedentes de diversas latitudes. Así, Reichert sitúa la historia del abastecimiento maderero español en un contexto imperial y global, donde puertos y bosques tan distantes como Memel, Danzig,

Veracruz o La Habana quedaron íntimamente ligados a los arsenales de Cádiz, Ferrol o Cartagena mediante contratos comerciales auspiciados por el Estado.

Reichert aborda el tema con un enfoque interdisciplinar y comparativo, integrando historia económica, naval, política, social y medioambiental. La investigación se apoya en un impresionante trabajo en archivos españoles, mexicanos, cubanos y polacos, de donde extrae información sobre contratos, expediciones forestales, problemas logísticos y uso de maderas en la construcción naval. También recurre a fuentes notariales. Reichert localiza, por ejemplo, registros notariales en Ámsterdam sobre empresas holandesas vinculadas al suministro naval español, reflejo de la naturaleza internacional del comercio de la madera. La minuciosidad en el uso de archivos queda patente en los datos cuantitativos y ejemplos concretos que salpican el libro –desde el coste detallado de un contrato de importación de mástiles en 1739 hasta listados de buques prusianos entregando tablas y vigas en Ferrol en 1781–.

La metodología comparativa es central: la monografía se divide en dos partes claramente diferenciadas. La Parte I (capítulos 1 y 2) examina la extracción de madera y su comercio desde el Báltico sur hacia España, mientras que la Parte II (capítulos 3 y 4) estudia los esfuerzos de la Corona por organizar el aprovechamiento de maderas americanas en varias provincias de la Nueva España (Veracruz, Oaxaca, Campeche, Tabasco, Cuba, Luisiana, entre otras). Esta estructura bipar-

tita facilita la comparación entre dos modelos de abastecimiento –el recurso a mercados internacionales europeos vs. la explotación de recursos imperiales ultramarinos– y permite a Reichert evaluar sus respectivas eficacias, costos y desafíos. El autor acompaña la exposición con cuadros y tablas estadísticas de gran utilidad, reforzando el carácter económico cuantitativo de su análisis (por ejemplo, tabula la llegada de 377 buques con cargamentos de madera báltica a España entre 1775 y 1790, indicando volúmenes y procedencias). Entre estos recursos cabe destacar la utilidad de los mapas utilizados que se ilustran a lo largo del libro. La escritura de Reichert es accesible y bien organizada, y guía al lector a través de políticas forestales, contratos mercantiles y expediciones con notable claridad expositiva.

A modo de ejemplo, entre las notables narrativas de Reichert, el libro cuenta cómo en la primera mitad del siglo XVIII, la Corona española ya percibía que sus bosques peninsulares difícilmente bastarían para sostener una armada competitiva. Bajo el ministro José Patiño primero y durante la gestión del marqués de la Ensenada después, se desarrolló una estrategia de aprovisionamiento que combinaba la explotación interna con la búsqueda de fuentes externas de madera. Reichert detalla cómo Ensenada reforzó la inteligencia económica (red de cónsules y espías para recabar información sobre arsenales extranjeros) y potenció el sistema de asientos o contratos públicos con empresarios privados. Un hito importante fue la Ordenanza de Montes

de 1748, una real disposición que colocó bajo jurisdicción de la Marina los bosques próximos a costas y ríos navegables, regulando su uso en favor de la construcción naval. Esta medida de corte mercantilista priorizaba las necesidades de la Armada, limitando talas privadas y fijando precios de compra de madera por debajo del mercado. Si bien la ordenanza aseguró al Estado el control teórico sobre la madera peninsular, tuvo efectos colaterales negativos en las economías locales madereras (propietarios y leñadores vieron menguar sus incentivos al perder autonomía y rentabilidad). Además, como reconoce Reichert, estas políticas internas no lograron resolver por completo la escasez crónica de maderas apropiadas para buques de guerra.

De hecho, a finales de la década de 1740 seguía sin alcanzarse el volumen y la calidad de maderas requeridos para la ambiciosa ampliación de la flota española. Ante estas limitaciones, la monarquía volteó la mirada hacia el mercado internacional europeo, especialmente la región del Báltico sur, rica en robles y pinos de gran porte. El libro describe cómo a partir de 1740 se suscribieron los primeros grandes contratos con comerciantes que operarían en puertos bálticos como Riga, en busca de mástiles y tablazón para los arsenales de Cádiz, Ferrol y Cartagena. Este es solo un ejemplo del análisis y narrativa utilizados por Reichert.

Para terminar, hace falta resaltar la contribución de esta obra al campo de la historia económica. En primer lugar, llena un vacío en la historiografía española al

ofrecer por vez primera un estudio comparativo y global sobre dos pilares del abastecimiento naval del siglo XVIII –el Báltico y la Nueva España– cuya interrelación no había sido analizada de forma conjunta, o con el grado de detalle con el que llega Reichert. Estudios previos habían abordado parcialmente estos temas (por un lado, trabajos sobre la administración forestal peninsular o el comercio cántabro-báltico; por otro, estudios sobre industrias navales coloniales), pero Reichert logra entrelazarlos en un solo marco analítico, ofreciendo una visión integral de la logística maderera imperial. Profundiza en cómo se hizo posible ese despliegue marítimo español tardío, identificando las redes comerciales, los actores económicos (asentistas, comerciantes) y las decisiones de política de recursos sin las cuales no hubiera habido flota que valer.

En segundo lugar, si bien el foco principal del libro es económico y estatal, Reichert no pierde de vista la dimensión medioambiental, siendo novedoso en el campo de la historia agraria al considerar la explotación de bosques en distintos entornos ecológicos y sus consecuencias socioeconómicas. En términos historiográficos, *Wood, Trade, and Spanish Naval Power* se erige como un puente entre la historia naval tradicional (a menudo centrada en batallas, buques y diplomacia) y la historia económica (atenta a flujos comerciales, contratos y redes mercantiles), incorporando además matices de historia social (el papel de las élites locales, la mano de obra) y ambiental. Esta transversalidad metodológica, lejos de diluir

el análisis, le confiere una riqueza poco común y extremadamente interesante.

Como toda investigación, este libro quizás deja abiertos algunos frentes. Una posible limitación radica en la brecha de profundidad entre las dos partes: el abastecimiento báltico está documentado con extraordinaria precisión cuantitativa y narrativa, mientras que la sección americana –aunque muy reveladora– podría explorarse aún más en lo relativo a la organización local. Si bien Reichert menciona a los contratistas criollos y sus dificultades, el lector curioso podría quedarse con ganas de saber más sobre la perspectiva social de las colonias: por ejemplo, ¿cómo afectaron estos asientos al mercado inter-

no de madera? ¿Qué respuesta o resistencia hubo por parte de los productores locales fuera de la élite? ¿Qué hay de Filipinas, cuyas maderas tropicales se usaron en la construcción naval del Pacífico, o de regiones sudamericanas como Guatemala? Es comprensible que el autor haya acotado el estudio a las zonas donde halló más documentación, pero futuras investigaciones guiadas por el impresionante trabajo de Reichert seguro que darán nuevas respuestas.

Gregori Galofré Vilà

0000-0001-7118-1118

Investigador Ramón y Cajal en la Universitat de València

James D. Fisher

The Enclosure of Knowledge: Books, Power and Agrarian Capitalism in Britain, 1660-1800

Cambridge, Cambridge University Press, 2022, 330 pp.

How the knowledge of new techniques, resources, management systems and market information was transmitted and acquired is one of the basic questions of agricultural history, fundamental to explaining how, when, and where agricultural output increased. It has attracted the attention of agricultural historians for many years, recently in Peter Jones's survey of a Europe-wide 'agricultural enlightenment' between 1750 and 1840, and Van Molle and Segers's collection of essays on agricultural knowledge networks since 1700 (Jones, 2016; Segers & Van Molle, 2022). Central

to these studies is the issue of who influenced whom. In other words, did new ideas, techniques, etc diffuse from some central source to more or less quickly influence the majority, or did they spread, horizontally as it were, among neighbours and contacts? It is this argument that Fisher's book is concerned with, and he explores it by making a study of the books on agriculture published by 87 English and Scottish authors between 1669 and 1792. His contention is that books 'became a key source of knowledge about farming in Britain over the early modern period' (p.3), a process that occurred at the same time

that British agriculture became ‘dominated by large capitalist farms employing wage labour’ (p.3). Consequently the printing of agricultural knowledge ‘was both stimulated by and a contribution to a reorganisation of knowledge aligned with the emerging social relations of agrarian capitalism’ (p.4), and this led to the ‘appropriation and codification’ of the art of husbandry for the benefit of ‘those in managerial positions such as landowners, estate stewards and large tenant farmers’ (p.4). He therefore sees books as devices helping to control knowledge in the same way that enclosure helped to control access to land (p.5).

This argument is elaborated over seven chapters, preceded by an introduction that summarises its contents and followed by a conclusion that explores its implications. In the first chapter he identifies two strands of thought in explaining agricultural change in Britain between the late sixteenth and early nineteenth centuries: one that highlights new technologies, in crops, rotations, and so on, and another that emphasises social change, from a peasant to a capitalist society. This is the one that informs his study, and it involved a concentration of landowning, farm size increases, and changes in the occupational structure resulting in a differentiation between landowners, large-scale tenant farmers, and landless labourers, leading to a ‘concentration of managerial control over production’ (p.46). Moreover, the new divisions of labour led to new divisions of knowledge. He then interrogates theories of knowledge, and the meanings

of book knowledge, and arrives at two central questions for his work: how did books contribute to the control of knowledge, and how did they contribute to the division of labour?

Chapter 2 returns to farming without books, when knowledge ‘was acquired primarily through labour, held and exercised by practitioners, passed on within the family and through service, taught by oral instruction and demonstration, and embedded and maintained as customary practice’ (p.72). It was this ‘mystery of husbandry’ that was ‘appropriated’ by agricultural writers, as chapter 3 explains. Whereas historians have often seen knowledge as trickling down the social scale from writer to farmer, Fisher follows Deborah Valenze’s ideas about the ways in which women’s knowledge of dairy techniques were appropriated in manuals on dairying, but extends them to agriculture as a whole. Agricultural writers, he argues, collected *existing* knowledge and transformed it into ‘literary science’ (p.91). They found readers among gentlemen who were animated by their reading of classical authors on agriculture and at the same time anxious to improve their estates, but prevented by their social status from engaging directly in practical farming activities. But there were paradoxes in the process. Writers wanted to make agricultural science superior to practical knowledge, and denigrated the abilities of practising farmers, while at the same time relying on observation of their activities as the source of the data that they collected and shaped into a new science.

And those who followed the plough were often reluctant to inform those who only pushed the pen. Nevertheless, over the eighteenth century agricultural writing developed. By 1800, Fisher argues (in chapter 4), it was 'central' to the production, acquisition, accumulation, transfer and exercise of agricultural knowledge. He identifies four ways in which the codification of knowledge subordinated practice. Systematic writers combined diverse sources into a single system, which did not challenge the authority of practical expertise. Others constructed theories, often based on chemistry, which were beyond the knowledge of farmers and did not rely on practice. Some writers reported the results of agricultural experiments, to the point where, in 1779, the writer William Marshall could deplore 'an almost useless chaos of valuable information' (p.159). And finally some were content to report the results of their observations of the more successful types of farming, usually found, they implied, on big farms run by educated tenants. These new modes of codifying knowledge subordinated the experience-based knowledge of farm workers just as the factory system subordinated the craft knowledge of urban workers.

Over time (chapter 5) the idea arose that the successful farmer should not perform manual labour but manage that of farm workers, while concentrating on observing, going to market, having discussions with other farmers and seeing better practices. The term 'agriculturalist' became synonymous with an expert who provided the practising farmer with use-

ful theoretical knowledge. Educated men made moves to professionalise agriculture, especially in the training of estate stewards and land surveyors (chapter 6). It led to the view that being 'bred to husbandry' was not enough to make a good farmer. Naturally there was resistance to this idea. Fisher sees hostility to book farming as a symptom of the struggle for power during the rise of agrarian capitalism. Sneering at those who learned farming from books was equivalent to hedge-breaking by protesters against the enclosure of land (chapter 7). The enclosure of knowledge in books was analogous to the enclosure of land because it affected the ways in which knowledge was accessed, managed, and controlled, as expertise shifted from the community to the individual improver. In the enlightenment model, resistance to book farming was an obstacle to progress.

The book ends with a valuable appendix listing the biographical details of 87 authors and a bibliography of the books and periodicals they produced. The biographical table contains details, where known, of an author's occupation(s), his father's occupation (there are no women in the list), education and training, and shows that nearly half of those listed also wrote books on non-agricultural topics. Fifteen of the authors were landowners, another three the sons of landowners, and nine were estate stewards, agents, or surveyors. There were more clergymen than farmers in the list. Only eight could claim to be farmers, of whom two – Arthur Young and William Ellis – were better known (and probably spent more of their

time) as writers, and only three were the sons of farmers. Given these figures, the conclusion that farming knowledge came from writers and was spread by books is perhaps not surprising. As far as landowners and their stewards or estate managers were concerned, it is quite justifiable. But as Fisher himself admits, books were 'rather poor transmitters of useful knowledge to practising farmers' (p.11). Why, then, did farmers sometimes decide to do things differently, to make changes from the practices they had learned from their predecessors, to introduce new ideas, new techniques, different crops, different breeds of livestock? Nearly fifty years ago a study of farmers in the north-east of England in the late eighteenth and early nineteenth centuries suggested that they learned about new ideas from a variety of sources: personal contacts and tours of other farming districts in the case of a few, local agricultural societies, apprenticeships, newspapers (mostly for price information), and exchanging letters with other farmers. But there was a difference between knowing about an innovation and deciding to adopt it. The example of a successful and prosperous neighbour was the most effective agent of change, especially if it convinced otherwise-sceptical farm workers (Macdonald, 1979: 30-39).

Fisher is rather dismissive of farm workers or labourers, claiming that they were only responsible for 'a limited range of manual tasks' and so would 'never acquire the full "mystery of husbandry" possessed by generations of farming communities' (p.265). This, in my view, dismisses a

wide range of working skills. It may not be the same range of skills as those possessed by the farmer who concentrates on managing the farm business and the activities of its workers, but it is a skill set nonetheless, and it has to be acquired. Traditionally, workers learned from others more experienced in farming, by watching what they did and, as one early twentieth-century farm labourer put it, 'earning your skill by trial and error'. Even when a particular task appears simple, learning how to keep on doing it for a full working day can require experience, and the full range of skills embodied in an experienced shepherd or horseman could take years to acquire. And it was never enclosed in books. Fisher also follows his writers in assuming that agrarian capitalism meant that farmers did little manual work. While this may have been true for the tenants of large farms in eastern England and the English midlands, there were many smaller tenants and owner-occupiers in all parts of the country, especially in the north and west, and in Wales, who not only managed their manual labour force but also formed a significant proportion of it themselves. If the enclosure of knowledge was analogous to the enclosure of land, the latter was more significant.

There are, in short, several points at which one might debate Fisher's ideas and conclusions. This does not, in my view, detract from the value of his book. Historians of early modern English agriculture will benefit from his extensive reading in the literature, and all agricultural historians might benefit from pondering his

thought-provoking questions about the nature of agricultural knowledge, the ways in which it changes, and the agents involved and affected. Is there, perhaps, more evidence for his ideas in the agriculture of the late-nineteenth and twentieth centuries, when agricultural scientists began to make useful contributions to crop and animal breeding, pest control, fertilisers and so on?

REFERENCES

- JONES, Peter M. (2016). *Agricultural Enlightenment: knowledge, technology and nature, 1750-1840*. Oxford University Press.
- MACDONALD, Stuart (1979). The Diffusion of Knowledge Among Northumberland Farmers, 1780-1815. *Agricultural History Review*, 27(1), 30-39.
- SEGERS, Yvess & VAN MOLLE, Leen (Eds.). (2022). *Agricultural Knowledge Networks in Rural Europe, 1700-2000*. Boydell Press.

Paul Brassley
University of Exeter

Jakub S. Beneš

The Last Peasant War. Violence and Revolution in Twentieth-Century Eastern Europe

Princeton University Press, 2025, 383 pp.

Como declaración de intenciones, vaya por delante antes de entrar en detalles que el libro que aquí se reseña es altamente recomendable. Jakub Beneš es un historiador estadounidense, de origen checo, que actualmente imparte docencia en el University College London con aportaciones destacadas en el estudio de la socialdemocracia en el Imperio Austrohúngaro y la conflictividad rural en Centroeuropa. De su mano, el lector puede recorrer un periplo que va desde la Gran Guerra a la implantación del comunismo, pasando por la trabajosa consolidación de los estados surgidos de los tratados de paz, la crisis de entreguerras, el ascenso de los autoritarismos, la Segunda Guerra

Mundial y la resistencia. Son temas amplísimos abordados para un marco espacial enorme, con epicentro en los antiguos dominios de los Habsburgo pero con frecuentes referencias al conjunto de los Balcanes o a los territorios del Imperio zarista, luego Unión Soviética. Lo hace tomando como hilo conductor los *green cadres*, formaciones irregulares de base campesina que en la tumultuosa transición entre el final formal de las hostilidades en 1918 y la implantación de los nuevos estados afloraron en numerosas regiones. Tradicionalmente la historiografía los ha venido considerando como meros episodios de impacto local sin mayor trascendencia ni aspiraciones, diríamos en la línea de los

«rebeldes primitivos» en la denominación un tanto despectiva acuñada en su día por Eric Hobsbawm (1959). Beneš aporta por primera vez una interpretación coherente de conjunto, que parte de agrupar este tipo de revueltas e incidentes posteriores a la caída de los imperios austrohúngaro, alemán y ruso bajo el epígrafe de una auténtica «revolución rural» (p. 2). Su tesis es que bajo el aparente caos y las contradicciones se puede detectar una dirección común encaminada a una completa reestructuración de la sociedad rural a base de la redistribución de la propiedad nobiliaria, la reducción de la influencia de los intermediarios, el impulso del cooperativismo y la puesta en marcha de formas de democracia local.

Si parte del atractivo de esta obra es su amplio marco de referencia territorial, lo mismo se podría decir del amor por el detalle y la habilidad para combinar los procesos a gran escala con los ejemplos locales. Se evitan así excesos generalizadores y engañosas explicaciones lineales, que la enrevesada heterogeneidad de las realidades sobre el terreno recubre de matices y excepciones. Con un manejo admirable de las fuentes y de la publicística de época, Beneš facilita la empatía del lector con los sujetos de estudio, de modo que al enfocar la atención en la peripecia vital de un desertor de una aldea cualquiera o de un incidente violento en un remoto rincón de Eslovenia o la Galicia polaca nos sea posible ponernos en el lugar de los protagonistas de esta historia. Porque a pesar de la complejidad de los temas tratados y el aluvión de datos, fechas y

lugares, muchos de ellos nada familiares para un lector hispano, el autor mantiene un tono ágil y ameno que constituye otro de los méritos de este libro notable.

El punto de partida lo constituye obviamente la Primera Guerra Mundial, que supuso en toda Europa centro-oriental la agudización de la hostilidad (recíproca) hacia las ciudades y el descrédito de los imperios debido a su incompetencia en la conducción de las hostilidades, los desajustes de la economía de guerra (y su reverso el mercado negro) y los sacrificios exigidos al campesinado sin aparente contrapartida. El malestar se va detectando en la resistencia gradual a las requisas de alimentos, pero también a una medida que afecta a la identidad de las comunidades locales como fue la fundición de las campanas, con su alto valor simbólico. Se van acumulando los síntomas de un malestar creciente hacia las autoridades que terminará estallando cuando la derrota de los Imperios centrales y la redefinición del mapa político europeo permitan que aflore sin control. Si el impacto en las mentalidades de la carnicería de 1914-1918 es bien conocido a través de grandes nombres de la literatura como Stefan Zweig o Ernst Jünger, Beneš echa mano de autores menos conocidos pero sintonizados con el sentir de amplios sectores populares como el croata Miroslav Krleža o el eslovaco Milo Urban.

Los *cuadros verdes* los constituían generalmente pequeños grupos de prófugos y desertores que actuaban en zonas boscosas y montañosas lejanas del frente, contando para aprovisionarse y mantenerse

informados con la complicidad de los habitantes de las poblaciones cercanas. A un lector español la descripción del análisis de la dinámica creada con la población civil le recordará, salvando todas las distancias, a las establecidas durante la guerrilla antifranquista. Aunque se localizaban en numerosas regiones, su presencia era sobre todo fuerte entre los eslavos del sur, con máxima incidencia en Croacia. Sociológicamente sus componentes eran mayoritariamente pequeños campesinos, rara vez jornaleros o campesinos prósperos (la contraprueba es su poca importancia en Hungría y Bohemia respectivamente). Su proliferación era un testimonio de la descomposición creciente del estado austrohúngaro, aunque sin llegar por supuesto a los extremos de la Rusia post-revolucionaria. Precisamente el retorno de prisioneros de guerra radicalizados durante su cautiverio en el este fue uno de los factores que alimentaron el fenómeno. La gendarmería durante el último año de guerra se veía sobrepasada y la complicidad de la población civil e incluso de muchas autoridades localesataba todavía más las manos del estado Habsburgo en el momento de su lucha agónica por la supervivencia. Sus actividades, más allá de evadir sus deberes militares, consistían en impedir requisas de ganado o cosechas, intimidar a funcionarios e intermediarios, si la debilidad del estado lo permitía repartir grandes propiedades o antiguos comunales, etc. Su agenda era variopinta, podía incluir dosis considerables de antisemitismo también, pero predominaba un radicalismo campe-

sino y la defensa de una economía moral que se percibía como dinamitada durante la guerra, de ahí los actos de venganza contra aquellos de quienes existía la convicción de que se habían enriquecido abusivamente especulando durante la misma.

La actuación y posteriormente la memoria de los cuadros verdes fueron invariablemente malinterpretadas. Inicialmente las autoridades del Imperio Habsburgo los creyeron animados fundamentalmente por motivaciones nacionalistas y filobolcheviques, cuando sus objetivos eran fundamentalmente sociales. Una vez dinamitado el mapa político en 1918, los nuevos estados los incorporaron al discurso oficial como luchadores de naciones oprimidas, cuando su oposición a Viena/Budapest partía de otras causas, lo que no quiere decir por supuesto que el factor nacionalista estuviese ausente. De hecho, los estados sucesores debieron esforzarse para ir desactivando los cuadros verdes mediante una combinación de represión y concesiones, en forma de amnistías e integración en los ejércitos de los nuevos estados.

Un capítulo, el cuarto en concreto, se consagra al análisis de diferentes «repúblicas campesinas» efímeras entre 1918 y 1919 que, de nuevo salvando las distancias, recuerdan a las de las zonas controladas por los partisanos en el norte de Italia al final de la Segunda Guerra Mundial. A menudo resonaba en ellas el eco distorsionado y reinterpretado de conceptos como «república» o «autodeterminación» que circulaban a otro nivel en los salones de Versalles o los periódicos. El ritual solía

iniciarse con la expulsión de los funcionarios del pueblo, la celebración de una asamblea popular, la formación de un consejo o comité, la confiscación de grandes propiedades y la formación de algún tipo de milicia defensiva, para lo cual en el caos de la posguerra no faltaban ni las armas ni los hombres familiarizados con su uso.

Las distintas manifestaciones de violencia rural del último año de guerra y durante la transición hasta la consolidación de los nuevos estados fueron más allá de la actuación de estos cuadros verdes, con los que a veces los límites eran difusos. Podían ser saqueos, agresiones, castigos colectivos, intimidaciones a las autoridades y toda una muestra de acciones que el autor analiza casi con maestría de antropólogo, sacando a la luz sus componentes comunitarios, su lado carnavalesco, la reaparición de rituales de violencia que se remontaban a muchos siglos atrás o el frecuente antisemitismo. En la descripción de asaltos masivos a almacenes en los cuales los agresores entregan a los asaltados comerciantes las monedas por el precio que estiman justo por las mercancías antes de arrebatárselas uno cree estar leyendo unas páginas traspapeladas por error de E.P. Thompson. Igualmente, las novelescas trayectorias de algunos «bandidos sociales» (capítulo sexto) se leen con gran placer y al tiempo como advertencia de lo aventurado que resulta para un académico atribuir una definición o etiqueta categórica a individuos que podían ser sucesiva o simultáneamente desertores, delincuentes, héroes y traidores según la óptica de quien lo juzgase.

Beneš prolonga su análisis más allá del momento en que mal que bien los nuevos estados se afianzan en sus discutidas fronteras. Si la violencia rural de 1917-1920, por acotarla cronológicamente, posee mucha mayor trascendencia que la historiografía le ha concedido hasta el momento se debe a sus repercusiones en el medio y largo plazo. Para empezar, Beneš argumenta que las reformas agrarias que se aplicaron con mayor o menor ambición en esta parte de Europa tuvieron como una de sus motivaciones principales prevenir la reaparición de fenómenos similares. En segundo lugar, muchas de sus aspiraciones fueron canalizadas por los partidos agrarios que alcanzaron en entreguerras su momento de máximo esplendor. Las ansias de renovación que recorrieron las campañas del centro y este de Europa alimentaron también toda una serie de iniciativas asociativas, desde la federación de juventudes rurales eslavas hasta las escuelas populares, que además a diferencia de los partidos agrarios pudieron sobrevivir a la oleada autoritaria de los años treinta. En todo ello existen líneas de continuidad en personas, escenarios y procedimientos con las agitaciones de la inmediata posguerra, al igual que se pueden localizar algo más tarde también en parte con la resistencia a la ocupación alemana (italiana también en el caso yugoslavo). El caso extremo lo constituyeron los batallones campesinos polacos.

La imposición de los regímenes comunistas y la colectivización de la tierra alteraron por completo las normas de juego. El último gran motín armado tiene lugar

en Bosnia en 1950 contra la colectivización (y las presiones y cuotas abusivas para forzar a los reticentes a la misma). La versión oficial del gobierno de Tito lo atribuyó a la agitación de elementos fascistas, pero en realidad los motivos del descontento eran mucho más prácticos. La prueba es que el estado decidió reducir las cuotas de entrega forzosa y en 1950 decretó la voluntariedad de la integración en los koljoses. De nuevo el potencial conflictivo de las comunidades rurales demostraba su capacidad para influir en la agenda de las grandes decisiones.

El libro se cierra con un epílogo en el que se reflexiona sobre la memoria de la violencia rural de posguerra y de los cuadros verdes, distorsionada ya en su momento por los nuevos estados surgidos de los tratados de paz necesitados de reforzar su legitimidad. Posteriormente los regímenes comunistas los dejaron caer en el olvido o los denigraron, salvo aquellos episodios y personajes que con-

tuviesen elementos que permitiesen asimilarlos a las lecturas de clase. Hoy en día se los conmemora, pero de nuevo en clave nacionalista y depurando sus aspectos menos presentables. La realidad siempre es más compleja que las vulgatas interesadas y una comprensión profunda de esta «última guerra campesina» a la que alude el título debe afrontarse desde sus propias lógicas, como ha hecho Jakub Beneš en esta magnífica obra.

REFERENCIAS

HOBSBAWM, Eric J. (1959). *Primitive Rebels*. Norton.

Miguel Cabo

0000-0002-8099-3895

Dpto. de Historia, Universidade de Santiago de Compostela/Grupo de investigación competitiva Histagra/Cispac

Cristóbal Kay
Pensadores rebeldes

Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2023, 195 pp.

Cristóbal Kay es un punto de referencia ineludible en el análisis del desarrollo y sus claroscuros en la América Latina contemporánea, tema al que ha dedicado cinco décadas de investigación rigurosa e incisiva. Ha abordado cuestiones como la capitalización de las estructuras agrarias y las dinámicas sociales de ella derivadas (Kay, 2015);

la recurrencia de la pobreza en el medio rural y los límites de las estrategias implementadas para tratar de erradicarla (Kay, 2006); el análisis histórico comparado entre Europa y América Latina, subrayando las reverberaciones entre el sistema señorial del Viejo Continente y el régimen de hacienda americano (Kay, 1980); la era de las reformas agrarias y sus controver-

sias (Kay, 1998); la situación y perspectivas de la agricultura campesina (Kay, 2000); o la reflexión y los aportes de las teorías del desarrollo desde una perspectiva latinoamericana (Kay, 1989). Hablar de Cristóbal Kay es, de hecho, aludir a una de las grandes figuras de la investigación social sobre el cambio agrario en Latinoamérica; y su obra constituye un referente inexcusable en la literatura especializada. Académico fuertemente comprometido, su trabajo siempre se ha orientado, en última instancia, a diagnosticar, explicar y ayudar a buscar vías de superación de los grandes nudos gordianos que lastran el impulso de modelos de desarrollo abarcativos, incluyentes y sostenibles para el conjunto de la región.

En su libro *Pensadores rebeldes* nos invita a un viaje a través de la trayectoria de seis autores originales –Raúl Prebisch (1901-1986), Celso Furtado (1920-2004), Teotônio dos Santos (1936-2018), André Gunder Frank (1929-2005), Solon Barraclough (1922-2002) y Willem Assies (1954-2010)– cuyas aportaciones contribuyeron a construir una mirada crítica sobre la propia noción de desarrollo vista desde (y con una gran empatía hacia) unos sures globales ampliamente representados en la casuística latinoamericana. Con claridad y precisión conduce al lector por entre los pormenores contextuales, personales, intelectuales y académicos que guiaron a cada uno de ellos en la conformación de sus aportaciones a la comprensión que tenemos de América Latina, de sus cuellos de botella, sus claroscuros y su particular ubicación en el contexto glo-

bal en el que históricamente se desenvuelve. Son pensadores que, por otra parte, representan a tres grandes generaciones: la de los nacional-desarrollistas *strictu sensu*, estrechamente vinculados a la Comisión Económica para América Latina y el Caribe; la de los dependentistas subsiguientes, cuestionadores y enriquecedores de los planteamientos de aquellos; y la de quienes les tocó enfrentar, epistemológicamente hablando, los desafíos emanados de la hegemonía neoliberal, las demandas etno-identitarias y los problemas de sostenibilidad que afronta el mundo actual.

Como es bien sabido, ya desde los inicios de la última postguerra mundial, el desarrollo y su corolario, el subdesarrollo, devinieron en conceptos sumamente escurridizos para las ciencias sociales. Aunque relacionados el uno con el otro, han sido objeto de encendidos debates en todas las disciplinas interesadas por el abordaje de los procesos de cambio social, particularmente (aunque no solo) en el campo de la sociología y la economía. Desde finales del siglo pasado, se fue entretejiendo una mirada crítica para con la misma noción de desarrollo, cuestionando su acepción como un conjunto de transformaciones en positivo de una situación de partida (comúnmente tildada de «subdesarrollada») a otra «desarrollada» percibida –en base a una serie de variables cuantificables– como naturalmente mejor que la anterior. Los conocidos genéricamente como postestructuralistas –un conjunto heterogéneo de autores con planteamientos a veces incompatibles los unos con los otros– tienen en común su denuncia de la

retórica del desarrollo como eurocéntrica, formalista y legitimadora del *statu quo* implícito en su naturaleza contingente, en tanto constructo destilado en el marco del capitalismo avanzado de los últimos ochenta años. Los sugerentes trabajos de Arturo Escobar (1998), James Ferguson (1990) o Gilbert Rist (1996), por mencionar solo unos pocos, indujeron a cuestionar incluso la pertinencia del uso de una noción como esa, producto de un proyecto occidentalizador de corte hegemónico más vinculado con el poder que con una eventual mejora de las condiciones de vida del común de los mortales.

Conviene tener presente, sin embargo, que ni el tono ni la profundidad de esas críticas hubieran sido posibles sin la aportación previa de algunos de los pensadores rebeldes visitados por Kay (Prebisch, Furtado, dos Santos y Frank), puesto que contribuyeron sustancialmente a construir una visión sistémica de la evolución de América Latina en el marco del devenir del capitalismo global. Pensadores empeñados, además, en buscar cómo sortear los escollos que la pobreza y la persistencia de la desigualdad planteaban (y plantean) al devenir de las sociedades latinoamericanas, bien desde una vía reformista-institucionalista (Prebisch, Furtado, Barraclough), bien desde posicionamientos de corte más radical (dos Santos, Frank), o integrando al análisis de la Economía política variables tan remarcables como la sostenibilidad, la identidad y las demandas étnicas (Assies). El recorrido por la vida y la obra de esos autores, a través de los debates en que participaron y la minucio-

sa recreación que Kay hace del ambiente intelectual en que desempeñaron su carrera académica e institucional, nos ubica ante tres reflexiones que me parece importante subrayar hoy en día: el compromiso como fuente de rebeldía; la originalidad emanada de esa misma rebeldía; y el papel cambiante, a veces complementario, del académico comprometido.

Es cierto, en primer lugar, que en los tiempos que corren, de fuerte cuestionamiento de los protocolos establecidos de verificación de las afirmaciones que dicen sustentarse en la realidad (la manida «pos-verdad» que recorre de múltiples formas las redes sociales), la figura del intelectual público ha caído mucho en desuso, convirtiéndose prácticamente en un recuerdo de épocas pretéritas. No acontece lo mismo con la necesaria vindicación del compromiso del investigador, en el sentido de que cualquier alternativa de cambio social debe sustentarse –y enfatizo el imperativo implícito al «debe»– sobre un conocimiento de los procesos sociales cimentado sobre el rigor fáctico, la coherencia teórica y la búsqueda permanente de respuestas a los enormes desafíos por los que atraviesan nuestras sociedades contemporáneas. Ahí radica, a mi juicio, una de las virtudes subliminales del libro: la defensa de la indispensabilidad del pensamiento crítico –en el sentido de autónomo, libre y siempre cuestionador– y del rol de las ciencias sociales como instrumento para atisbar alternativas contrahegemónicas y su corolario, la advertencia velada sobre los riesgos que entraña la praxis sin teoría o la teoría vacua sin fundamento solvente.

En ese pacto ético del intelectual con el mundo en que habita y, simultáneamente, con el respeto escrupuloso de los protocolos epistemológicos de obtención de conocimiento científico –con todas sus obvias limitaciones en el ámbito prospectivo de las disciplinas sociales–, es donde se cimenta la rebeldía de los autores rememorados por Kay. Rebeldía que, en segundo lugar, derivó en una mirada colectiva original y genuina de América Latina desde adentro y desde abajo; esto es, construida a partir de las realidades substantivas constitutivas de la región, con sus especificidades y divergencias, contribuyendo así a perfilar una visión del conjunto del sistema-mundo (por utilizar la expresión wallersteniana) original y genuina. Hubo un tiempo, en fin, en que las teorías y las propuestas emanaban desde el sur, a diferencia de lo que suele ser habitual en la actualidad, con una importación (a menudo) acrítica de paradigmas y modelos *prêt-à-porter* de los nortes globales.

El libro contiene también una invitación, y ahí va la tercera línea de reflexión, a valorar y sopesar el potencial del rol cambiante del académico-intelectual en la arena pública. Del teórico (Prebisch, Furtado, dos Santos, Frank, Assies) al teórico-institucional (Prebisch, Furtado, Barraclough) y, de este, al institucional-pragmático (Prebisch, Barraclough), la obra de estas seis figuras de la reflexión *sobre y desde* América Latina (con independencia de su lugar de nacimiento o de su *alma mater* formativa) ha constituido un estímulo permanente en términos

propositivos, siempre retroalimentada por la investigación y en constante diálogo, por consiguiente, con la realidad. Debemos a Prebisch (junto a Hans Singer) el énfasis en el deterioro de los términos de intercambio como causa estructural del subdesarrollo; a Furtado el despliegue de los postulados de aquel hacia el dependtismo y la apuesta por la promoción institucional del desarrollo (como lo fueron, por caminos a veces diferentes, Fernando Henrique Cardoso y Helio Jaguaribe); a dos Santos la versión más genuinamente marxista de las teorías de la dependencia; a Frank su icónica expresión del «desarrollo del subdesarrollo» y su mirada sistémica (durante buena parte de su obra en convergencia con Immanuel Wallerstein); a Barraclough su coherencia como agrarista y activista en favor de la reforma agraria; y a Assies la apertura de miras y la integración analítica de temas como la crisis de reproducción social derivada de la insostenibilidad de los modelos dominantes y el alcance y los límites de las demandas de los nuevos movimientos reivindicativos surgidos en el tiempo de la globalización neoliberal.

Termino esta reseña parafraseando el aforismo popular de que «son todos los que están, pero no están todos los que son», por adecuarse mucho al espíritu del libro. *Pensadores rebeldes* es una excelente introducción a la reflexión crítica que, tomando como puntos de referencia a los seis autores en que estructura sus capítulos, nos abre las puertas a todo el elenco de académicos que, de los años cincuenta del siglo pasado en adelante, contribuyeron

de manera sustancial a perfilar las herramientas analíticas y teóricas que, todavía hoy, utilizamos para comprender en toda su complejidad esa región fascinante e intrincada que es América Latina. De lectura clara y amena –otra virtud destacable de su autor– es un aporte particularmente pertinente en la escena académica del momento, con frecuencia petrificada por la burocratización excesiva, a menudo obnubilada por el presentismo y peligrosamente escorada hacia un olvido selectivo de quienes, atreviéndose a pensar en libertad, apostaron con audacia por el potencial implícito de las ciencias sociales como insumo para el cambio social.

REFERENCIAS

- ESCOBAR, Arturo (1998). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Grupo Editorial Norma.
- FERGUSON, James (1990). *The Anti-Politics Machine. Development, Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho*. Cambridge University Press.
- KAY, Cristóbal (1980). *El Sistema señorial europeo y la hacienda latinoamericana*. Ediciones Era.
- KAY, Cristóbal (1988). ¿El fin de la reforma agraria en América Latina? El legado de la reforma agraria y el asunto no resuelto de la tierra. *Revista Mexicana de Sociología*, 60(4), 61-98.
- KAY, Cristóbal (1989). *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*. Routledge.
- KAY, Cristóbal (2006). Rural Poverty and Development Strategies in Latin America. *Journal of Agrarian Change*, 6(4), 455-508.
- KAY, Cristóbal (2015). The Agrarian Question and the Neoliberal Rural Transformation in Latin America. *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 100, 73-83.
- RIST, Gilbert (2002). *El desarrollo: historia de una creencia occidental*. Los Libros de la Catarata.

Víctor Bretón Solo de Zaldívar

0000-0002-6537-1991

Universitat de Lleida

Santiago Colmenares Guerra

Cosechar para el mundo, pastar para la región. Una historia de globalización en los Montes de María, 1850-1914

Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Banco de la República, 2023, 365 pp.

En su primer libro, Colmenares estudia el impacto de la exportación de tabaco negro en rama sobre la economía campesina en Montes de María, provincia situada en la región Caribe, en el norte de Colombia, cuyo centro de población principal era el muni-

cipio de El Carmen de Bolívar, localizado a 112 kilómetros de la ciudad portuaria de Cartagena. En estos lugares, definidos por el autor como laboratorio geográfico de su estudio, se concentró el cultivo, comercio y exportación de tabaco desde la década de 1860 hasta comienzos de la Primera

Guerra Mundial. Durante ese periodo, que abarca poco más de medio siglo, Montes de María fue una de las regiones tanto colombianas como latinoamericanas que experimentaron procesos de transformación económica, agraria, social, y hasta ambiental, debido a su inserción en las dinámicas de la economía exportadora de materias primas y productos agrícolas que abastecieron mercados de países europeos en procesos de industrialización.

En esta obra, que corresponde más a una historia regional que global, Colmenares realiza un novedoso ejercicio de comparación entre Montes de María y otras regiones tabacaleras como Recôncavo (Brasil), Cibao (República Dominicana) y Ambalema (Colombia). Aunque el autor describe y contrasta diferentes aspectos entre dichos lugares, como sus estructuras agrarias y características técnicas de cultivos, siempre enfatiza en Montes de María, región que estaba conectada con la industria manufacturera de cigarros de Bremen y Hamburgo en Alemania. En este sentido, Colmenares sitúa la experiencia exportadora de Montes de María en el contexto histórico de la primera globalización, para argumentar el impacto de lo global sobre lo local, proceso materializado en las transformaciones agrarias y sociales que experimentaron las economías agrícolas campesinas integradas a mercados mundiales.

En cinco capítulos, Colmenares analiza la inserción de las regiones periféricas productoras de tabaco al mercado global, funcionamiento del crédito en la economía agroexportadora, relaciones técnicas

y sociales de producción, distribución de la renta, niveles de vida regional y acumulación de capital, los vínculos entre la economía agroexportadora, transformaciones ecológicas y agrarias con la siembra de pastos y procesos de acumulación de tierras para ganadería. El argumento central de Colmenares es el tránsito de una economía agrícola campesina exportadora de tabaco que cosechaba para el mundo, sobre todo para Alemania, hacia una economía empresarial ganadera que producía ganado para el mercado regional. En últimas, el autor analiza la instauración de la ganadería como principal actividad productiva en Montes de María, o, dicho en otras palabras, estudia procesos de cambio agrario, pues esa región transitó de una vocación agrícola a otra ganadera, y pasó de una frontera agrícola abierta con tierras públicas y libres disponibles para campesinos a una frontera ganadera cerrada compuesta de pastizales, potreros y propiedades privadas en manos de ganaderos.

Este libro, como toda obra producto de investigación histórica, posee tanto virtudes como debilidades. En los últimos dos años, un grupo de autores, a los que me sumo, reseñaron una serie de aciertos y aportes como la centralidad que nuevamente adquiere el campesinado caribeño en la historia agraria regional y nacional, sujetos históricos que desde la publicación de *Historia doble de la Costa* de Orlando Fals-Borda (1979) no figuraban como protagonistas en la historiografía rural colombiana. El uso y aprovechamiento de diferentes y diversas fuentes de infor-

mación histórica, especialmente documentos notariales, representa otro gran acierto de este libro. El autor se basa en dicha fuente para armar series de precios y develar cómo funcionaba la producción y comercio de tabaco en las escalas local y regional, y para analizar el dinamismo del mercado de la tierra. A esto agregaría el tema de las mancomunidades, una forma de tenencia y propiedad de la tierra que se movía entre lo privado, colectivo y comunal, de origen colonial, que tuvo arraigo en las sociedades rurales durante los siglos XIX y XX. Colmenares, con base en protocolos notariales, muestra cómo funcionaban las mancomunidades tabacaleras en Montes de María, y además arroja pistas para indagar y contrastar cómo operaban en otros lugares de la región Caribe colombiana.

Entre otras virtudes sobresale el posicionamiento teórico del autor, quien apea a dos campos de investigación de las ciencias sociales latinoamericanas, por un lado, el clásico pero vigente debate de la cuestión agraria, y, por otro lado, el problema planteado por el estructuralismo sobre desarrollismo y dependencia de los países de América Latina. Colmenares analiza el caso de la economía campesina tabacalera de Montes de María en el marco de estas dos tradiciones intelectuales. También resulta destacable la definición, distinción y contrastes entre sistemas abiertos y cerrados desarrollados por Colmenares para explicar las cadenas de comercialización, las relaciones sociales de producción y estructuras de propiedad de la tierra, elementos que sir-

ven como insumo o modelos para estudiar las estructuras agrarias y comerciales en otras economías campesinas y empresariales colombianas y latinoamericanas integradas a mercados agropecuarios tanto nacionales como mundiales o globales.

Es importante subrayar otros aspectos como el papel de los sistemas crediticios en la economía campesina agroexportadora, en especial el crédito horizontal, definido como prácticas de apoyo y colaboración sin intereses entre familias campesinas con el objetivo de desarrollar actividades productivas, en este caso, la producción de tabaco. Mientras que el crédito vertical, más afin con relaciones capitalistas, consistía en el avance y préstamo de dinero y otros recursos de los comerciantes y exportadores tabacaleros, con intereses, a las familias campesinas para que cultivaran tabaco. Estos sistemas crediticios también resultan pertinentes para analizar dinámicas productivas en otras regiones rurales que cultivaron, comercializaron y exportaron otros productos agropecuarios. Entre otros aciertos y aportes del libro cabe resaltar la identificación de diferentes ciclos de auge y crisis exportadoras de tabaco, el problema de las técnicas de producción y la incidencia de eventos naturales como los ataques de plagas de langostas en la instauración de la ganadería y decadencia del tabaco.

En fin, son numerosas las virtudes y contribuciones metodológicas, documentales, temáticas y conceptuales de este libro, que también contiene una serie de puntos críticos que merecen ser aquí reseñados, pues fueron pasados por alto,

incluso, revalidados, por otros reseñistas. Por ejemplo, entre sus capítulos, el autor emplea expresiones como «superabundancia de tierras» o «gran abundancia de tierras públicas y libres» para señalar que Montes de María era una región de frontera agrícola abierta y en expansión. Sin embargo, estas afirmaciones no aparecen sustentadas empíricamente por estadísticas o fuentes que calculen o revelen un aproximado de cuánta extensión territorial equivale con la «superabundancia de tierras» a la que tanto se refiere Colmenares. Esta observación no resulta un dato menor, pues uno de los planteamientos principales del autor es precisamente que la incursión y desarrollo del capitalismo agrario y comercial en la economía tabacalera campesina de Montes de María se fundamentó en la existencia de una frontera agrícola abundante de tierras libres y disponibles para los campesinos. Aunque puede tener certeza al respecto, sorprende que Colmenares no acudiera a una lista de fuentes de fácil acceso que pudieron suministrar respaldo cuantitativo para este argumento que posee centralidad en su exposición y explicación a lo largo del libro.

Es importante señalar que, para el periodo abordado en esta obra, existen recopilaciones de datos nacionales sobre tierras baldías o bienes fiscales adjudicados, publicados en diferentes fuentes e investigaciones que facilitan elaborar cuadros y estadísticas regionales sobre esta materia. Prueba de ello, la *Memoria del Ministerio de Industrias de 1931*, en especial el tomo V, contiene un índice de adjudica-

ciones de baldíos entre 1821 y 1931, referencia que no aparece en el libro. Aunque, si bien es cierto que Colmenares se basa en la información de LeGrand (1988), los datos presentados por dicha autora son incompletos, sospechosos y poco representativos para el Caribe colombiano. En todo caso, a esta investigación, por demás rica en gráficas y tablas sobre volumen de exportaciones y precios de tabaco, sobre el precio y valor de algunos bienes inmuebles como potreros y terrenos sembrados de tabaco y pastos, sobre crecimiento demográfico, salarios, costo de la vida regional, movimientos crediticios e impuestos de rentas, hizo falta cuadros y esquemas estadísticos que sistematizaran datos sobre la cantidad de tierras baldías ocupadas y adjudicadas en Montes de María, y, de esta manera, presentar un panorama que ilustrara y sustentara la «superabundancia de tierras».

Así que estas afirmaciones plasmadas por Colmenares quedan vagas, inconsistentes y poco confiables, pues otras investigaciones pueden demostrar que Montes de María, en contraste con otra región como el valle de los ríos Sinú y San Jorge, no fue uno de los epicentros de adjudicaciones de tierras baldías entre 1850 y 1914 en el Caribe colombiano. Incluso la información presentada por LeGrand (1988), empleada por el autor, y la *Memo-ria del Ministerio de Industrias de 1931* así lo evidencian. Con base en esto, resulta posible y válido afirmar que en Montes de María para dicho periodo las tierras libres no eran tan abundantes como supone el autor. En vista de esto, entonces ¿cuáles

eran los tipos de tierras que abundaron en la región montemariana? Al parecer, eran las tierras o propiedades privadas que circularon y dinamizaron el mercado regional de la tierra, tema estudiado de gran forma y con detalle por Colmenares, pero, sobre las tierras libres y públicas en apariencia abundantes, el autor no arroja más información y evidencias que las afirmaciones categóricas aquí cuestionadas.

Este estado de cosas también resulta problemático con relación al tema de la estructura agraria regional, otro eje vertebral en la exposición y argumentación de Colmenares. Según este autor, el sistema de tenencia y propiedad de la tierra en Montes de María, similar al de la región del Cibao dominicano, se caracterizó por la «gran abundancia de tierras públicas y por ser una frontera agrícola amplia», situación que fortaleció el modo de producción campesino, sobre el cual se desarrolló la economía tabacalera montemariana. Aunque es importante señalar que Colmenares matiza esta idea, pues también apunta que en algunas zonas de Montes de María se encontraban tierras o propiedades privadas, algunas con origen colonial, pero, en todo caso, predominaron las tierras públicas en la frontera agrícola de acceso libre para los campesinos. No obstante, una vez más, Colmenares confía y se basa en sus afirmaciones vacías y sin soporte documental, pues nunca queda claro ni define a qué se refiere, o qué significa, y mucho menos, a cuánto equivale la «superabundancia de tierras libres o públicas», que sin más reparos usa el autor durante toda su argumentación.

En ese orden de ideas, Colmenares tampoco expone cómo accedieron los campesinos a las tierras libres y públicas abundantes, ni precisa si los campesinos tabacaleros adquirieron la posesión o propiedad de las tierras. El autor da por sentado este proceso de acceso libre de los campesinos a las tierras públicas sin mayores conflictos ni limitaciones. Por lo cual, aquí se subraya que el tema de la estructura agraria presenta algunas flaquezas. Es en este sentido que el problema identificado y denominado en esta reseña como «cuestión de la superabundancia de tierras libres y públicas», conocidas también como bienes baldíos nacionales, aparece como la principal, o quizás única, gran debilidad del planteamiento y argumento presentado por Colmenares en este libro que, a pesar de ello, y por todas sus virtudes ya reseñadas, representa un valioso, pertinente y novedoso aporte para la historia regional agraria, rural y económica del Caribe colombiano, región que desde la publicación de la obra de Eduardo Posada-Carbó (1998), no aparecía en el centro de los debates y nuevas referencias bibliográficas de la historiografía agraria colombiana y latinoamericana.

REFERENCIAS

- FALS-BORDA, Orlando (1979). *Historia doble de la costa*. Carlos Valencia Editores.
- LEGRAND, Catherine (1988). *Colonización y protesta campesina en Colombia, 1850-1936*. Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- POSADA-CARBÓ, Eduardo (1998). *El Caribe colombiano: una historia regional, 1870-1950*. El Áncora Editores.

República de Colombia (1931). *Memoria del Ministerio de Industrias*. Imprenta Nacional.

Francisco Javier Sibaja Madera

0000-0002-7177-2126

El Colegio de México A.C.

Arnau Barquer i Cerdà

«Visch de mon treball y seguint los amos». Francesos i treballadors a la Catalunya de mas (bisbat de Girona, ss. XVI-XVII)
Girona, Associació d'Història Rural, Documenta Universitaria, 2023, 223 pp.

Esta obra constituye la vigesimotercera entrega de la colección *Estudis* de la Biblioteca de Historia Rural. En ella, el historiador Arnau Barquer i Cerdà nos ofrece una revisión y actualización de la tesis doctoral que defendió en la Universidad de Girona en el año 2019, la cual constituye, sin duda, una significativa aportación a la historia económica y social de la Cataluña moderna. Así, en un ejercicio de articulación de problemáticas clásicas y nuevos enfoques metodológicos, el autor entrelaza dos fenómenos fundamentales: por un lado, la inmigración francesa en el noreste catalán durante los siglos XVI y XVII, particularmente procedente de regiones occitanas como la Auvernia; y por otro, la emergencia del trabajo asalariado dentro del sistema agrario catalán y en particular el de la Cataluña del noreste, caracterizado por la predominancia de explotaciones agrícolas familiares medianas: las masías.

El trabajo parte de una hipótesis sugestiva: que la inmigración francesa no solo contribuyó a incrementar la mano de obra

disponible en el campo catalán, sino que resultó ser un factor determinante en la consolidación de un incipiente mercado de trabajo rural asalariado. Frente a visiones estancas del sistema de masías como estructuras cerradas, autosuficientes y arraigadas en vínculos feudales, el autor propone una lectura dinámica donde la figura del trabajador agrario, muchas veces de origen foráneo, ocupa un lugar central. De este modo, los avatares vitales de un grupo de *gavachs*, que en un momento dado cruzaron la frontera sur del reino de Francia, permite entroncar dos dilatados debates historiográficos: la caracterización e impacto de los fenómenos migratorios y los orígenes del capitalismo agrario.

La elección de fuentes documentales para someter a escrutinio la mencionada hipótesis es sin duda ambiciosa: registros parroquiales, documentos notariales, libros de cuentas, registros de cumplimiento pascual, dispensas de proclamas matrimoniales y la famosa Matrícula de Franceses del 1637 forman un amplísimo

cuerpo documental de fuentes primarias. A través de ellas, el autor sigue el rastro de unos hombres que por su condición humilde (y desarraigada) tienden a dejar, precisamente, poco rastro documental. El mismo autor recordaba la célebre cita del no menos famoso historiador Marc Bloch, quien imaginaba la labor del historiador como una suerte de ogro que olfatea ávidamente cualquier rastro de carne humana.

El enfoque metodológico del libro merece una mención especial. Barquer combina con solvencia el análisis cuantitativo con la reconstrucción cualitativa de trayectorias individuales y familiares. Esta estrategia le permite moverse entre escalas: del obispado al municipio, del grupo al individuo, de las estructuras sociales a las experiencias personales. Así, veintiséis tablas y catorce gráficos acompañan a un razonamiento historiográfico bien construido que sabe dialogar con los nombres propios de la historiografía sin perder la visión personal y crítica del autor.

En cualquier caso, uno de los méritos centrales del libro radica en su voluntad de reconstruir el pasado desde la experiencia de los sectores subalternos. Barquer sitúa en el centro de su análisis a individuos concretos que vivieron y se movieron en una sociedad jerarquizada y dinámica. A través de categorías como *treballador*, *mosso* o *masover* el autor no solo identifica grupos sociales, sino que reconstruye las lógicas que dieron forma a estas etiquetas. Así, los grupos socioprofesionales subalternos del agro gerundense no son concebidos como clases cerradas ni homogéneas, sino como un conjunto en formación, internamen-

te diferenciado, y cuya existencia revela procesos de cambio más profundos en las estructuras rurales de la Cataluña Vieja.

Es precisamente este afán de resaltar a los grupos de una condición más humilde el que llevó al autor a adentrarse con profundidad en el fenómeno de la inmigración francesa, y en particular occitana, hacia el noreste de Cataluña. Aunque no se trata de un tema nuevo en la historiografía (ya abordado por autores como Jordi Nadal o Emili Giralt), el tratamiento que recibe en este libro aporta una originalidad notable tanto por el territorio analizado como por el amplio abanico de fuentes utilizadas. El autor muestra que muchos de estos inmigrantes llegaban a edades tempranas, entre los 10 y los 20 años, y se insertaban en el tejido social local principalmente como trabajadores asalariados, en una posición subordinada dentro de la jerarquía socioeconómica. Además, su papel en el mercado laboral resultará clave para entender la intensificación del uso del trabajo extrafamiliar.

Del mismo modo que llegaban, mayoritariamente, en una edad comprendida entre los 10 y los 20 años, en algunas de las parroquias estudiadas por el autor, precisamente entre el 10% y el 20% de los matrimonios registrados en esa época eran protagonizados por inmigrantes franceses. Este dato, lejos de ser solo una anécdota estadística, tiene implicaciones sociales de gran calado. La llegada masiva de jóvenes forasteros tuvo un impacto directo sobre las dinámicas comunitarias, las relaciones laborales y la percepción social del otro. Barquer no oculta las tensiones que este

fenómeno generó: los inmigrantes, especialmente los más humildes, fueron objeto de sospecha, rechazo y marginación en algunos casos. Sin embargo, algunos de ellos también lograron insertarse en redes de parentesco, acumular pequeños patrimonios y ascender socialmente dentro de los márgenes que les permitía el marco institucional de su tiempo.

La inmigración aparece así no solo como un fenómeno demográfico o laboral, sino como una palanca de cambio en el seno del mundo rural. En este sentido, el libro ofrece una reflexión muy actual sobre los mecanismos de inclusión y exclusión social, la construcción de identidades colectivas y la transformación de los espacios agrarios como espacios de frontera social. En efecto, el lector puede trazar amplios paralelismos con el presente, viendo cómo los procesos de integración, exclusión y movilidad social que afectaban a los trabajadores inmigrantes de entonces no son tan ajenos a las dinámicas contemporáneas.

Tal y como se ha mencionado anteriormente, el fenómeno migratorio se entrelaza con el análisis del trabajo asalariado como forma de articulación económica en el campo gerundense. El autor muestra que ya en los siglos XVI y XVII existía un sector significativo de trabajadores por cuenta ajena, muchos de ellos vinculados estacionalmente a masías de mayor tamaño. Con independencia que fuesen o no súbditos del Rey de Francia, estos desempeñaban tareas agrícolas, ganaderas y domésticas, en condiciones muy variables, y con contratos que oscilaban entre

la cohabitación como mozos y los trabajos de corta duración en tareas específicas del calendario agrícola.

Resulta especialmente significativa la constatación de que algunos trabajadores lograron, con el paso del tiempo, acceder a pequeñas parcelas de tierra o establecer vínculos matrimoniales estratégicos que les permitieron mejorar su situación. Aunque el ascenso era difícil y limitado, no era imposible. Este dinamismo interno del grupo de trabajadores es una de las contribuciones más estimulantes del libro, que rompe con visiones demasiado rígidas del, quizás mal llamado, Antiguo Régimen.

De un modo similar, el autor también se interroga sobre la conexión entre el crecimiento del trabajo asalariado y el desarrollo del capitalismo agrario. De este modo, sugiere que la proliferación de asalariados sin tierra, junto con la consolidación de campesinos propietarios del dominio útil de la tierra, constituye una forma temprana de diferenciación social que preludia formas de explotación agrícola más intensivas y orientadas al mercado.

Por último, pero no menos importante, cabe resaltar que la pluma afilada de Barquer le permite desenvolverse, con un estilo ágil y grácil, para superar sin apuros uno de los grandes escollos al que suelen enfrentarse este tipo de trabajos: convertir un particular estudio de caso (valga la redundancia) en un espacio de reflexiones y saberes teóricos mucho más amplio. En efecto, una de las principales virtudes del libro es su capacidad para dialogar con debates de alcance europeo, especialmente sobre la transición del feu-

dalismo al capitalismo y la génesis de los mercados laborales rurales. Sin caer en maniqueísmos, Barquer muestra cómo el crecimiento del trabajo asalariado y la diferenciación social dentro del campesinado son fenómenos reales, observables y con consecuencias estructurales.

Por todo ello, este libro constituye una referencia obligada para investigadores del

mundo rural, la historia del trabajo y las migraciones en la Edad Moderna, no solo en Cataluña, sino en el ámbito hispánico y europeo en general.

Josep Mas-Ferrer

0000-0002-5382-5263

Universitat de Barcelona – Universitat de Girona

Pierre Gresser

Les forêts princières dans le comté de Bourgogne aux XIV^e et XV^e siècles

Turnhout, Brepols, 2023, 253 pp.

The framework of the study, the free county of Burgundy, should first be outlined. A distinction is necessary between the Duchy of Burgundy (capital Dijon), which belonged to the King of France, and the County of Burgundy (Besançon and Dôle), which was part of the Holy Roman Empire. This county was nonetheless attached to France in the 14th and 15th: directly from 1361 to 1384, when it was ruled by the Capetian house with Margaret (Marguerite de Valois (1361-1382)) and her son Louis de Mâle (Louis II of Flanders(1382-1384)), then from 1477 to 1493 by King Louis XI. From 1384 to 1476, the county and the duchy were ruled in personal union by the powerful Dukes and Counts of Burgundy of the House of Valois: Philip the Bold (le Hardi), John the Fearless (Jean sans Peur), Philip the Good (Philippe le Bon), Charles the Bold (Charles le Téméraire).

A water and forestry office, named *gruerie*, was given responsibility for administering the forests. Created by Eudes IV (Count from 1330 to 1347), this office remained modest in the 14th century, but expanded in the 15th century. Based on these archives, Pierre Gresser, a renowned specialist of the Free-County in the late Middle Ages, has published three volumes; the first of which describes the administrative machinery: “*La gruerie du comté de Bourgogne*” (Turnhout, Brepols, 2004), the second is devoted to “*la pêche et pisciculture dans les eaux princières en Franche-Comté aux XIV^e et XV^e siècles*” (fishing and fish farming in princely waters in the Free-County in the 14th and 15th centuries) (Turnhout, Brepols, 2008). The present work is the third part of the study, devoted to woods. It is based on an analysis of the princely accounts, in particular the accounts of the *gruerie*, the charters of franchises and the land terriers (feudal

record system for the Count's land and property holdings) drawn up in the third quarter of the fifteenth century.

The first part of the book, p. 16 to 73, sets out the framework for the study: an attempt to locate the Count's forests, which is not easy because descriptions are rare, units of measurement vary and are difficult to define, and the woods of the Middle Ages, even when they kept their names, changed a great deal (location and composition) over the centuries. They had 'as much emptiness as fullness', with pastures and woods intermingling. It is important to remember that the princely forests were located at low or medium altitude, so they were planted with deciduous trees. There were no conifers, as they were only found at high altitude. Four species predominated: oak, beech, apple and pear.

Most of the following pages attempt to define the terms used for the relief, the species of woodland and the status of these forests: *bois banaux* (owned by the lord), *bois communs* (where lords and inhabitants have usage rights) and *forêts communales* belonging to the inhabitants. It is impossible to summarise these subtleties of language and their uncertainties, so this review prefers to focus on the economic and social aspects of woodland management. These two points are dealt with in the two following parts of the book, one on the usefulness and the other on the supervision of princely woods.

The need for wood was always high; 14th and 15th c. were particularly hard times: the onset of the Little Ice Age, the

plague, the passage of armies. Donations of wood were therefore inevitable. Marguerite was generous: she gave 7049 oak trees between 1361 and 1382, including 1000 trees to the inhabitants of Arbois who were victims of a fire; John the Fearless gave trees to build a church in Poligny (1413).

The *gruerie* mainly sold timber, later in the 15th century were added firewood and charcoal. It seems that the oaks sold had been damaged by storms, as there is no mention of any wood harvesting. Timber was used for many purposes: building construction, small wooden tiles to cover roofs and facades, means of transport: carts and wheels; winegrowing: vats and barrels, poles for which the wood used is unknown (young trees?); small everyday objects; oak bark for tanning.

Fuel is highly sought after. The demands of pre-industrial activities, metallurgy, glassmaking and tile-making, and above all the Salins saltworks, were the biggest consumers. The water injected into the underground veins of rock salt was then evaporated in boilers to crystallise the salt. Production was therefore dependent on the supply of wood. To meet saltworks' requirements, the forests were divided into areas called '*fassures*', each of which was managed by a chief cutter who directed the workers. They used trees the size of an arm, i.e. around 9 years old. The species most appreciated by the saltworks were beech and hornbeam. These supplies accounted for only 8% to 15% of annual revenue between 1372 and 1382. They were afterwards

managed by a specific administration, entrusted to the treasurer of the saltworks. Pierre Gresser makes a very meticulous analysis of the supplies shown in the *gruerie's* accounts: the transaction prices and the forest exploited. He shows the limitations of the accounts, both in terms of the overall accounts (some craftsmen paid royalties, but to accounts other than those of the *gruerie*) and in terms of the felling: how often it took place and how it was organised. He is aware that this would distort any quantitative study of the accounts, and this makes it impossible to get an idea of the Counts' forestry policy. There are only a few references to the degraded state of the forests under Philip the Bold (1384-1404).

The main income from the forests came from hunting and from feeding pigs. The forests were rich in game, with an abundance of wildlife, including wolves and wild boar. A study of the charters shows that hunting rights were often granted in community woods. For this purpose, leafy shelters (*lodges*) and hedges formed by intertwined branches were built, into which the animal was pushed to be captured in the net-equipped enclosures. The sources do not provide any information on the weapons used or on falcon hunting...

Gruerie staff pay close attention to feeding the pigs, which provided the biggest income (up to 50% of the *gruerie's* earnings). *Paisson* was the eating of pigs in the forest from Saint Michael's Day (29 September) until March. Payment was either fixed or proportional to the num-

ber of animals and their age. To this was added the *glandée*, which was the collection of acorns and beechnuts, taken away by the farmers. This was usually done on a lease basis. There were a few years when this income did not exist because of the vagaries of the weather and the passage of troops. A few other animals were allowed in the forest, but it is not possible to determine from the sources what the princely forests meant to these farmers and their livestock, as they also used their communal woods.

The third part is devoted to the protection of the princely forests: the staff specialised in guarding the forests, the times and places of judgements and the fines imposed on 'mesusants' (those who broke the law). The permanent staff, paid from the revenues of the *gruerie*, consisted of senior officers (the *gruyers*) and junior officers, the guards. In 1373, they investigated the state of the forest but did not write any reports. As a rule, they were required to keep an eye on the forest, scouring it to catch poachers in the act. They looked for evidence of wrongdoing. The inspectors find the stolen wood, often in the offenders' homes - in front of or inside their houses.

Judgements were handed down on 'court days' or at 'assises'. In the 14th century, the locations of the courts fluctuated and their number increased under Marguerite de France. Then the Counts of Valois increased the number of locations and the number of days, and the court locations became stable from 1455 to 1473. Louis XI, after reconquering the

county in 1476, squandered the Count's estate and the number of court days was greatly reduced.

The judges were essentially the *gruyers*; they pronounced fines "after conciliation": they took into account the situation of the offenders, and showed a desire not to apply justice without nuance. According to franchise charters and terriers, fines ranged from 3 sous to 60 sous. These fines were one of the main items in the revenues of the *gruerie*, where the names of the offenders and the amount of the fine were listed. Pierre Gresser, always mindful of the limitations of his documentation, did not want to make a quantitative analysis. He made a detailed analysis of the years 1353 to 1367, in one of the castellanies, that of Montrond. The culprits were mainly peasants, craftsmen and a few ecclesiastics. Most of their offences involved stealing wood, rarely arson, illegal grubbing and grazing large livestock.

The author has carried out a meticulous analysis of the documents. He was cautious because he felt that the documents had too many gaps and were not explicit enough. These sources were much richer for the study of ponds and fishing. In conclusion, however, he asked about the notion of silviculture: did the Counts have a policy designed to manage the forests over the long term? Historiography gave a positive answer. This was the case with A. Coulon (1893), and L. Turc (1954) and G. Plaisance (1986). They felt that there was a need to preserve oak, beech, apple and pear trees to provide timber and food for people and animals.

Under this upper floor of the forest, the coppice would have been freely exploited. Pierre Gresser found no evidence of this in the sources. He noted that grazing was closely monitored so as not to exceed the forest's capacity and reduce the emergence of new shoots; but he knows nothing about the felling: how were the trees chosen for sale? how were they replanted? What emerged from the accounts was "a concern to manage the exploitation of a fundamental component of nature in the best possible way "... which called for genuine silviculture. There was indeed an awareness and a desire to regulate use, but the measures were too limited and localised. Pierre Gresser agrees with Patricia Guyard (2012): she has studied the forests supplying the saltworks and has shown that it was not until the 16th century that there was any real forestry policy.

Nadine Vivier

0009-0009-2587-2829

Le Mans university

Aleksandar Panjek (Ed.)

Integrated Peasant Economy in Central and Eastern Europe. A Comparative Approach

Turnhout, Brepols 2024, 264 pp.

This is an important book. As the introduction notes, it addresses two relevant themes in European rural history: the need to ‘understand the peasant economy in its diverse variations through space and time’; and to give more visibility and correct the ‘simplified’ interpretation of Eastern European agriculture found in much of the literature (p.11). It does this using a new theory, the Integrated Peasant Economy which places peasant agency at the centre of the story. The chapters are wide-ranging, stretching from the thirteenth to the twentieth centuries, and covering regions found today in six countries (Poland, the Czech Republic, Slovenia, Bosnia and Herzegovina, Serbia, and Ukraine). All the contributions are of a high standard and provide comprehensive studies of the complexity of regional agriculture to the non-specialist. The authors also make a major effort to link their own research to the theoretical approach presented in the book, something that is usually absent in edited works.

Aleksander Panjek (chapter 2) discusses at length the theory behind the Integrated Peasant Economy (IPE). He claims that the interest of economists in agricultural history is frequently limited to the sector’s contribution to economic development. As a result, the peasant is considered ‘good and interesting only

if and when he is functional to modern development or conducts specialized farming for the market’ (p. 54). For Central and Eastern Europe this results in a literature that is critical of farmers pursuing subsistence agriculture. The IPE theory, by contrast, stresses the importance of agency and looks at the multiple strategies that families used to improve their living standards rather than just trying to survive, combining self-sufficient agriculture with market oriented off-farm activities. This methodology certainly has its merits. I would suggest, however, as somebody who has written on both agriculture’s contribution to industrialization, and the economic and political agency of family farmers, that the two approaches are relevant and connected (Simpson, 1995, 2024).

The IPE model argues that peasants chose strategies that combined the production of their subsistence needs (food, energy, housing) with working in competitive markets in activities such as textile production, carpentry, or transportation. One explanation for such a strategy might be that although subsistence goods were essential for the survival of the household, there were no incentives to produce a market surplus. Yet Panjek rightly argues that peasants also preferred off-farm work when the marginal return to labour was greater than that on their own farm. This is found in other studies, such as Foster

and Rosenzweig (2022), who show that family labour is more productive when off-farm work is combined with a small farm, than when the family works exclusively on their own land.

The theory therefore helps resolve the apparent contradiction found in many low-income countries between the presence of supposedly conservative family farmers following subsistence agriculture, living alongside dynamic entrepreneurs pursuing a variety of activities in informal markets. They were often the same people. Yet what is less well explained in the book (for example, p.226) is that although farmers might be only partly engaged in markets, *all* their production decisions were market orientated as they attempted to combine the optimal mix between profit maximisation with risk limitation. The problems of risk in household decision-making are not given enough attention in the book. By growing their own food, households protected themselves from adverse price movements so, and unlike full-time urban workers, were guaranteed a basic subsistence at times of a major economic downturn, such as the 1930s. The family plot, by reducing risk, allowed its members to participate in unstable labour markets in search of higher living standards.

Another question is the extent that the opportunities of off-farm employment led to changes in farm organization over time and across business cycles. Labour demands in farming are not fixed but vary significantly according to the crop-mix and the balance between arable and pas-

ture. Movements in farm prices and changes in the opportunities for off-farm work would encourage peasants to alter farming practices. Indeed, a couple of the chapters note in passing that farmers used more capital and were less labour intensive than those where the farm was the only source of income, but more needs to be said.

Most of the authors in this book unfortunately lack the primary sources to test the IPE theory adequately and explain peasant decision-making. As James Scott (1998) has noted, the state simplifies rural society so as to be able to understand it. Census returns usually assign just one occupation to individuals, even though it was widely known that they worked in two, three, or more activities during the year. The tax records used by some authors in this book fail to provide the evidence needed to show a truly diversified household economy. The few historical sources that are sufficiently detailed, such as the Russian surveys at the end of the nineteenth and beginning of the twentieth centuries, confirms that farmers often followed multiple occupations. However, these surveys, as Volodymyr Kulikov shows in chapter 8, rarely cover more than a couple of hundred households, suggesting that the cost of obtaining such detailed information was considerably greater than any additional revenue that the state might hope to collect in taxation.

The geographical and periodization of the papers also raises questions on how appropriate the theory is for other economies, or whether it is somehow specific to Central and Eastern Europe. Sta-

tes were responsible for making laws and shaping how markets worked, so Kulikov (p. 203) is right to ask how much agency the peasants had in making 'decisions about earnings beyond their own farms'. He describes the transaction costs associated with finding employment outside the village, negotiating work contracts, and enforcing agreements. Many workers must have stayed at home because these costs were simply too high. Crucial to helping farmers to participate in non-farm work were the networks and information flows that existed within families, among fellow villagers, and between strangers. Too little space is given to these formal and informal organizations created by peasants themselves to protect and advance their interests. Village common lands are mentioned in passing in some of the chapters, but these had usually existed for centuries. As economic opportunities changed, farmers needed new solutions. Did part-time farmers in Central and Eastern Europe build formal or informal networks to obtain the necessary information and loans to move and take advantage of wage employment? Literacy, and the opportunities of travel offered by the railways were also important, although these fall out of the periodization of most of these chapters.

However, if we are to give economic agency to the peasants, we should give them voice. In the interwar period for example, when 'peasant Europe' was at its peak, many farmers worked together to establish cooperatives that helped them integrate backwards, and forwards, along

the commodity chain. To create an effective cooperative required not just peasant agency but the ability to work with others and negotiate with governments solutions to their problems. Danish farmers were arguable Europe's most successful, with their cooperatives controlling commodity chains that stretched from the farm to foreign markets. By contrast, those in Central and Eastern Europe at this time were generally limited. Was this the result of weak peasant political organizations, or are economic (or even cultural) factors required to explain differences? Only one chapter here is specific to the twentieth century, and that in socialist Slovenia where repression might have limited political participation. However, farmers and farm labourers in earlier periods were not only found working in non-farm activities but also using 'voice' to further their interests.

While concentrating on agency and the family farmer provides a welcome alternative to understanding how the agricultural sector operated, it cannot be at the expense of ignoring the wider economy. Economic development and the business cycle had a massive influence on decision-making in farming, just as agricultural change affected the speed and nature of economic development. Only by understanding the distinctive economic environments in which Danish and Romanian farmers faced during the 1920s can we hope to understand their diverse decisions concerning the use of family labour, land, and capital, or indeed why their political organizations and ideologies

differed so greatly. Indeed, the problem facing many peasants by this period was that their governments were prioritizing industry and not agriculture, while it was the industrial economies of north-western Europe that were devising radical changes to help their farmers.

As Panjek notes, the IPE is a much wider concept than proto-industry, which was often limited geographically, and academic interest restricted to understanding when it offered a stepping-stone to modern industrialization. However, a problem which is not really resolved in these chapters is how the IPE can allow a 'better comparability between regions and over time' (p.55). For the economist, the answer would be GDP or changes in household incomes (along with improvements in literacy or life expectancy). One indicator used here was the ability of the Alpine region to maintain a higher population density than permitted by farming alone. Some broader economic concepts are surely needed although, writing this review in *la España vacía*, suggests that there is some merit in retaining population in the countryside! The experiences of the Green Parties in the interwar period indicate both the strengths, and weaknesses, of the IPE theory. Finally, although not discussed in the book, the logic of the IPE theory presumably is that peasant agency in time would lead to them choosing to abandon their plots and work full-time in the urban economy.

I would argue, as Donald Coleman did many decades ago for the proto-industry, that the IPE is just one theory too many.

Other readers will disagree with me. What is important, however, is that this book needs to be widely read, especially by agricultural historians, as it challenges many misconceptions about farm life and rural societies, and not just those found in Central and Eastern Europe.

REFERENCES

- FOSTER, Andrew D. & ROSENZWEIG, Mark R. (2022). Are There Too Many Farms in the World? Labor Market Transaction Costs, Machine Capacities, and Optimal Farm Size. *Journal of Political Economy*, 130, 636–680.
- SCOTT, James C. (1998). *Seeing like a State*. Yale University Press.
- SIMPSON, James (1995). *Spanish Agriculture: the Long Siesta, 1765–1965*. Cambridge University Press.
- SIMPSON, James (2024). *Family Farmers, Land Reforms and Political Action. An Alternative Economic History of Interwar Europe*. Palgrave Macmillan.

James Simpson

0000-0002-9239-9092

Figuerola Institute of History and Social Sciences, Universidad Carlos III de Madrid